

CARLOS GARCÍA GUAL



GRECIA

PARA

TODOS



  
ESPASA



CARLOS GARCÍA GUAL  
GRECIA PARA TODOS



© Carlos García Gual. 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
www.planetadelibros.com  
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustraciones de cubierta: © Nicolás Aznárez

Preimpresión: Safekat, S. L.

Mapas de interior: Diego Carrillo

ISBN: 978-84-670-5480-4  
Depósito legal: B. 3.855-2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Impresión: Cayfosa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

PRÓLOGO. La Grecia actual y la antigua Grecia .....	9
BREVE NOTA CRONOLÓGICA .....	17
I. TRAZOS PARA UNA PRIMERA IMAGEN .....	25
El olivo .....	25
El mar .....	27
El vino .....	30
La admiración y la verdad .....	39
La lengua griega. Breve recorrido histórico .....	42
II. APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE GRECIA .....	47
El tiempo de los héroes y la época arcaica .....	48
Auge y ocaso de la Atenas democrática .....	68
El mundo helenístico. La búsqueda de la felicidad individual .....	91
III. MITOS Y TRADICIÓN LITERARIA .....	111
Del mito a los poemas homéricos. <i>Ilíada</i> y <i>Odisea</i> .....	116
La poesía lírica .....	126
El teatro griego. Tragedias y comedias .....	129

La invención del relato histórico .....	139
Géneros en prosa de la época helenística .....	146
Filosofía y saberes científicos .....	147
IV. TRADICIÓN Y PERVIVENCIA .....	159
Religión, mitología y literatura .....	159
El arte griego .....	169
Renacimiento y Humanismo .....	177
EPÍLOGO. ¿Por qué Grecia? .....	183
GLOSARIO DE TÉRMINOS GRIEGOS .....	189
BIBLIOGRAFÍA GENERAL .....	191

# I

## TRAZOS PARA UNA PRIMERA IMAGEN

### EL OLIVO

Según un famoso mito, la diosa Atenea y el dios Poseidón disputaron por ser elegidos como la divinidad protectora de la recién fundada ciudad de Atenas. Cada uno ofreció un regalo: el dios del mar hizo nacer una fuente perenne de agua clara y pura en lo alto de la Acrópolis; Atenea hizo brotar allí el primer olivo. El jurado de los primeros atenienses prefirió este último don. La diosa de ojos glaucos quedó, pues, como patrona eterna de la ciudad, y por eso tendría su gran templo sobre la sagrada colina, que domina la vista de la urbe, el Partenón. Los ojos verdes de la diosa, glaucos como su casco y su coraza, se asemejan en su color claro al de las hojas del olivo. Y allí, junto al Erecteion, crece un olivo sagrado (ciertamente mucho más joven que el originario) en recuerdo del mítico obsequio de Atenea.

La llanura del Ática es desde muy antiguo una tierra de famosos olivares. Las aceitunas y el aceite eran un producto esencial en la economía y en la alimentación, y no solo para la población del Ática, sino también para la exportación y el

comercio. Proporcionaban alimento, combustible para la iluminación y un sucedáneo para el jabón, así como un producto selecto: aceites de oliva de calidad que se exportaban. En jarras de la acreditada cerámica ática el aceite se llevaba a tierras lejanas, y grandes ánforas con aceite se ofrecían como premio a los triunfadores en los juegos panatenaicos. Los olivos decoraban de plateada serenidad el paisaje ático. Al invadir los espartanos el Ática durante la guerra del Peloponeso, talaban sin piedad estos árboles de los campos para enfurecer a los atenienses refugiados tras los muros de la polis. Causaban un gran daño, desde luego, pues los olivos tardan años en crecer y dar fruto; aunque tal vez al no arrancarlos de raíz volvieran a retoñar años después.

En *Edipo en Colono*, la última tragedia de Sófocles (hacia 405 a. C.), el coro que quiere elogiar los dones de la tierra del Ática ante Edipo, que llega, suplicante y apátrida, ciego y viejo, y canta así la gloria de sus olivos:

Existe aquí un árbol tal como yo no he oído que haya brotado nunca en la tierra de Asia ni en la gran isla dórica de Pélope. Árbol indomable que crece de una manera espontánea, terror de las lanzas enemigas, que abunda por doquier en esta región: el glauco olivo que alimenta a nuestros hijos. Ni un joven ni quien se encuentra en la vejez podría destruirlo aniquilándolo con violencia. Pues el ojo vigilante de Zeus protector de los olivos lo observa siempre, así como Atenea la de refulgente mirada.

El olivo es todo un símbolo de la tierra austera del Ática. Pero, desde luego, hay en Grecia otros olivares, como el muy extenso del valle del Pleisto, a orillas del golfo de Corinto, que desde la balconada de Delfos se divisa abajo como un bosque inmenso, inagotable, una impresionante marejada de árboles.

Lo recuerda con entusiasmo Jacques Lacarrière (en su libro de viajes por la Grecia moderna *El verano griego*):

Por doquier, al infinito, unos olivos apretados, enormes, panzudos, retorcidos, cheposos, que evocan de manera subyugante a gnomos monstruosos, como héroes transformados en plantas e inmovilizados a medio camino de su metamorfosis. Tanteo, acaricio, recorro con mis manos esos troncos que dan ganas de apretar, de acariciar su piel rugosa y agrietada por el tiempo, esa corteza como el cuero cuarteado de los grandes reptiles. Se comprende al verlos el amor y la devoción que los griegos han tenido siempre a este árbol.

En muchas otras tierras del Mediterráneo abundan los olivares. En los campos de Andalucía, como en Grecia, se ven perfectamente alineados como inmóviles ejércitos; y viejos y jóvenes olivos también crecen desordenados y agrestes en bancales de laderas montañosas, alternando con algarrobos y pinos. Hay en el Ática y en la gran llanura al sur de Delfos incontables olivos de troncos gruesos y retorcidos, productores del aceite que fue en toda la época antigua un producto básico de la economía local, tanto por sus múltiples usos como por destinarse a la exportación, transportado en miles de hermosas ánforas griegas.

## EL MAR

La lengua griega tiene varios nombres para el mar. El más usual es *thálassa*, un vocablo preindoeuropeo. Es decir, una palabra que los griegos tomaron de los anteriores pobladores de la península, los pelasgos. Llegados del norte, se toparon

con el mar por todas partes, y adoptaron el término indígena. *Thálassa* era la forma del griego común, pero *thálatta* es la del dialecto ático y de la literatura clásica. Es la que usaron los soldados de la *Anábasis* de Jenofonte cuando tras su larguísima marcha por tierras desconocidas divisaron desde la cumbre del monte el mar. El historiador destaca el emocionado grito de júbilo del ejército de los Diez Mil: «¡Thálatta, Thálatta!». Tras la larga marcha el mar se veía como familiar camino de regreso, sendero navegable hacia una Grecia lejana.

Para nombrar el mar, o la alta mar, usaron también los griegos una palabra indoeuropea que indicaba el ‘camino’: *pontos*. Es la misma raíz que tenemos en el latín *Pons*, *pontis* (‘puente’), el inglés *path* (‘sendero’) o el sánscrito *pantab* (‘camino’). Otro nombre para el mar —acaso la orilla del mar— es *hals* (que viene de *\*sals*, como en latín *salis*, ‘sal’). Y emplearon aún otro término: *pélagos* (que suena en *archipiélago*). «Camino» y «agua salada» fueron metáforas fáciles; luego meras variantes para «mar».

La configuración de Grecia, con tantos montes y tantas costas recortadas y a veces enfrentadas, hizo del mar el camino más abierto a la comunicación y a nuevos horizontes. Los griegos, desde la época de la colonización, apreciaron el mar como camino de aventuras. Ya desde la épica el mar es el gran telón de fondo de las gestas heroicas. Y Esquilo menciona la «sonrisa innumerable de las olas marinas».

El ruido de las olas en la orilla resuena en los primeros versos de la *Iliada*, cuando el adivino Crises, rechazado por Agamenón, «caminó en silencio por la orilla del resonante mar». Unos versos después, también el acongojado Aquiles se aparta solitario por la orilla y allí, tendiendo los brazos, invoca quejoso a su madre. Y ella, Tetis, diosa marina, surge de las olas para consolar a su hijo. Las curvadas naves negras de los aqueos

están varadas frente a la asediada Troya. Tras arrasar la ciudad de Príamo, los héroes cruzarán el mar de regreso.

El retorno a veces deriva en larga travesía, como el de Menelao, que pasa por Egipto, y a veces resulta en extremo arriesgado y prolongado, como el de Odiseo, que se encuentra con magas y monstruos y sufre naufragios y pierde en el viaje todos sus barcos y sus hombres antes de arribar a Ítaca. ¡Cuántas frágiles y audaces naves se perdieron en el mar proceloso! ¡Cuántos navegantes regresaron, como Ulises, cargados de aventuras y ricos tesoros!

Como escribe Aurora Luque<sup>1</sup>:

Toda la literatura griega está penetrada por el mar. Todo el mar griego estuvo siempre poblado de criaturas poéticas. El mar griego es —los poetas lo han hecho así— pródigo en caminos, en historias y en versos, prodigioso en sus claridades y destellante en sus profundidades.

Los versos de todos los poetas de la Grecia antigua están recorridos de ritmos y rumores marinos, de estertores de olas... La imaginación helénica del mar es copiosa y tonificante. Nos surte de una memoria entrecruzada de barcos, de hombres y de dioses; de delfines miríficos, de golpes de remos, de vientos húmedos, de cadáveres semidevorados de marineros, de conchas ofrecidas como exvotos, de redes exhaustas, de olor de algas, de puertos saludados.

Esa antología de poemas y versos de ecos marineros en la poesía clásica podría extenderse hasta la poesía moderna, pues en Cavafis, en Seferis, en Elitis y en muchos otros autores del siglo XX abundan las evocaciones del mar. Desde la Antigüedad Grecia ha sido tierra de marinos y emigrantes, y Odiseo es

---

<sup>1</sup> *Aquel vivir del mar*. Barcelona, Acantilado, 2015, p. 9.

el héroe evocado una y mil veces. Y, a la vez, hay que recordar la inmensa importancia que tienen en su historia y su cultura las ciudades e islas con puertos dotados de una intensa actividad, y no solo para el comercio y la colonización, sino también para la comunicación y el tráfico de ideas y noticias de lo lejano. Pensemos en las ciudades e islas de la Jonia, donde nació la filosofía y se desarrolló la épica heroica. Ciudades como Mileto, Priene, Esmirna, Halicarnaso, e islas como Samos, Quíos, Lesbos, Cos, etc. El poderío marítimo de Atenas lo asegura la gran flota que tiene su base en el anchuroso puerto del Pireo.

## EL VINO

Como el olivo, también la vid es planta mediterránea por excelencia. Y fundamental en la cultura festiva de los griegos. El vino es un don gozoso de Dioniso, dios de la fiesta báquica y del entusiasmo y de la embriaguez (y de la máscara). Y tiene un papel primordial en la reunión de amigos en torno a la mesa del banquete, lo que en griego se llama *symposion* ('beber conjuntamente'). Y fue, en ese contexto, celebrado por numerosos poetas. He aquí unas cuantas citas.

### Escena del convite amistoso

Jenófanes de Colofón (siglo VI a. C.) evoca el ambiente simposiaco en una famosa elegía, y recomienda, con talante moralista, que nadie se emborrache, aunque beba cuanto quiera, y las charlas sean sin estridencias (Frg. 1D):

Ahora ya limpio está el suelo y las manos de todos,  
y las copas. Con trenzadas coronas nos acicala uno,  
y otro presenta en un frasco el unguento aromático.  
La cratera en medio se alza rebosante de gozo.  
Otro vino está presto que dicen que nunca defrauda,  
dulce en los cántaros, y con perfume con flores.  
En el centro su santo aroma exhala el incienso,  
y hay también agua fresca, sabrosa y muy clara.  
Al lado están los rubios panes y la mesa magnífica  
cargada de queso y de espléndida y dorada miel.  
El altar está en medio cubierto de ramos de flores  
y el canto y la fiesta se extienden por toda la casa.  
Con que deben, primero, honrar los hombres sensatos  
a la divinidad con relatos piadosos y puras palabras.

Muchos poetas griegos celebraron los gozos que procura el vino. Veamos como muestra algunos elogios, comenzando por unos versos de Alceo de Lesbos (siglo VI a. C.), compatriota de la famosa Safo. Entre los fragmentos que conservamos de sus poemas, varios celebran los dones del vino, fuente de alegre placer y remedio contra las penas:

No hay que abandonar el ánimo a los males.  
Nada pues ganaremos con apenarnos,  
oh Biquis, y no hay mejor remedio  
que mandar a por vino y embriagarnos.

Desprecia la tormenta, aviva el fuego,  
sazona, sin escatimarle, el vino  
dulce como la miel, y luego reclina  
tus sienes sobre un blando cojín.

Báñate las costillas en vino, que ya retorna la estrella,  
y es penosa la época, y todo está sediento y con ardor,

y suena la voz de la cigarra en el follaje; con sus alas  
derrama su fuerte y continua canción en el verano ardiente.

Bebamos. ¿A qué aguardar las candelas? Queda un dedo de día.  
¡Descuelga y trae las grandes copas pintadas, enseguida!  
Porque el vino lo dio a los humanos el hijo de Sémele y de Zeus  
para olvido de las penas. Escancia mezclando uno y dos cazos,  
y llena los vasos hasta el borde, y que una copa empuje  
a la otra...

El vino, pues, es el espejo del hombre.

El vino, amigo, es también la verdad.

No plantes ningún árbol antes que la vid.

Podríamos añadir aún un par de fragmentos de otros dos  
grandes poetas.

Píndaro, *Ditirambo* 124.  
A Trasíbulo de Acragante.

¡Trasíbulo, te envío como postre  
un carro de afectuosos cantos! Tal vez en la fiesta  
resulta un dulce acicate para los convidados,  
junto al fruto de Dioniso y las copas atenienses,  
cuando de los corazones de los hombres se evaden  
de las fatigosas penas, y en un mar de riqueza, refulgente de oro,  
todos por igual viajamos hacia la orilla de la ilusión:  
entonces el pobre es rico y los enriquecidos  
exaltan sus ánimos subyugados por las saetas de la vid.

Eurípides. *Bacantes* 420 y ss.

¡El dios, hijo de Zeus, se regocija en las fiestas y ama la Paz,  
diosa que da la prosperidad y nodriza de la juventud!  
¡Por igual al más rico y al más pobre les ha ofrecido disfrutar  
del goce del vino que aleja el pesar!

Y, como colofón, un poema más que de nuevo insiste en la unión del vino y el banquete alegre, junto a amigos parlanchines o cantores. Es de Anacreonte (de Anacreonte de Teos, del siglo VI a. C., derivan las poesías llamadas «anacreónticas», que tienen como temas tópicos los placeres del vino y del amor. Son un tipo de poemas festivos, muy imitados en varias literaturas, especialmente en el tardío helenismo y en la época neoclásica europea, en el siglo XVIII):

¡Venga ya, tráenos, muchacho,  
la copa, que de un trago  
la apuro! Échale diez cazos  
de agua y cinco de vino,  
para que, sin excesos, de nuevo  
celebre la fiesta de Baco.  
... Vamos, otra vez, sin tanto  
estrépito y griterío ahora  
practiquemos el beber con vino,  
no al modo escita, sino brindando  
al compás de hermosas canciones.

## Otros trazos de la fiesta

He comenzado estas notas sobre el vino con estos textos poéticos que resaltan su importancia en la cultura griega. En ellos se ve bien cómo el vino estaba asociado a las fiestas y, muy especialmente, al *simposio*, esa última parte del banquete en

que los convidados beben y charlan (o cantan breves canciones). El vino mantiene la alegría. El término de *symposion* significaba, como queda dicho, ‘beber en compañía’, y esas sobremesas de vino y charla fueron una institución muy característica de la cultura griega clásica. Y con muy admirables evocaciones literarias: Platón y Jenofonte redactaron sendos diálogos con ese nombre, «banquetes» en los que Sócrates es la figura central en la conversación. También escribieron «simposios» autores más tardíos, como Plutarco, Luciano y Ateneo.

Beber en compañía y conversar con relajada franqueza con los amigos son los básicos gozos del simposio. Hay que añadir también otros complementos festivos, como las flautistas, los saltimbanquis, los bailes y las fáciles relaciones eróticas ocasionales. (Los convidados son solo hombres, las mujeres de la casa no asisten al banquete, pero sí se admite a hetairas, más o menos refinadas, además de las flautistas y danzarinas). Para proceder al simposio, al acabar la comida, los sirvientes despejaban las mesas, dejando solo en sus manos las copas y, sobre las mesillas dispuestas junto a los triclinios, algunos dulces y golosinas, mientras los comensales se coronaban con adornos de hiedra y pámpanos. Los siervos derramaban sobre ellos perfumes y escanciaban por turnos el vino. Tras las libaciones se elegía a un árbitro de las charlas, el simposiarco o jefe del simposio. Se creaba así una placentera atmósfera en la que los simposiastas cantaban, charlaban adornando los brindis con sus gracias y ocurrencias, muy desenfadadamente, apasionados o frívolos, sobre asuntos de amor y de política. Vino, música y amistad amenizaban el convite, donde «se adormecen las penas y despierta el instinto amoroso», según Jenofonte.

Las charlas simposiácas eran para aquellos parlanchines y discutidores por naturaleza fuentes de intenso placer. Uno podía imaginarse que también en el mundo de los muertos

habría, para los bienaventurados, banquetes y tertulias por el estilo (como Luciano cuenta en sus *Relatos verídicos*), e incluso en el Olimpo los dioses disfrutaban de estas reuniones, como cuentan algunos mitos.

En resumen, el banquete es un festejo colectivo donde se refleja un culto y una cultura de la amistad. En la franca y jovial comunicación del grupo de convidados se expresa un afán hedonista y una exaltación desinhibida del diálogo y la camaradería. El simposio, como se ha señalado, era a la par alegre espectáculo, espacio lúdico y amable confluencia de placeres. Perfumes, cantos, música y danzas, juegos de ingeniosas palabras circulaban impulsadas por el vino.

Como ya hemos visto en alguna línea de los poemas previos, los griegos solían mezclar el vino con agua, a fin de que su efecto fuera más suave y no produjera una rápida embriaguez o un sopor que entorpeciera la charla. Los peligros de una curda inoportuna estaban al alcance de la mano. La mezcla solía realizarse en una gran tinaja (o crátera) colocada en el centro de la sala del banquete y de allí se servía en jarras o copas. Sobre los efectos del vino advierte un poema de un tal Eubulo:

Solo tres cráteras mezclo  
para los que son sensatos: trae salud  
la primera, la que se apura al comienzo.  
La segunda es de amor y placer. La tercera, de sueño.  
Después de tomarla los invitados sensatos  
regresan a casa. En la cuarta se pierde el dominio,  
es la de la insolencia. La quinta es la del jaleo.  
La sexta, la de los bailes por la calle. La séptima, la de ojos morados.  
La octava, la de los alguaciles. La novena, la de la cólera.  
La décima, del frenesí. La siguiente, del delirio,  
que tumba a cualquiera. Si llenas a menudo la misma copa,  
por pequeña que sea, acabará por echarte la zancadilla.

El vino es estupendo, pero no conviene el exceso, como advierte también el poeta Paniasis:

El vino es el mejor regalo de los dioses a los mortales,  
un don espléndido. Con él se armonizan los cantos  
y las danzas todas y todos los amores deseados.  
Vacía el corazón humano de todas las tristezas,  
sí uno bebe con moderación. Pero más allá de la medida es dañino.

### **Acerca del vino griego**

He comenzado este capítulo con estas citas poéticas que destacan el prestigio que tuvo el vino en la cultura griega. Como el olivo, la vid es planta muy antigua y tuvo un valor simbólico y económico excepcional en el Mediterráneo antiguo.

Ya en la Creta minoica se producía y se exportaba vino, como más tarde en el período micénico, según atestiguan algunas tablillas del llamado «silabario lineal B». Desde Creta tal vez el cultivo de la vid se exportó a la Grecia del sur y las islas del Egeo. Más tarde, los colonos griegos llevaron vino en numerosas ánforas hasta Sicilia e Italia y hasta el mar Negro, y difundieron los viñedos en muchas costas del Mediterráneo. Tal vez ellos introdujeron la viticultura en tierras de España y en la Galia. Miles y miles de ánforas han encontrado los arqueólogos con las marcas de varias ciudades griegas. Desde las tierras del Ática y de las islas griegas —Tasos, Lesbos, Quíos, Naxos, Cos, etc.— se exportaban muy lejos las jarras de vino en panzudas naves.

En el último canto de la *Odisea*, vemos al padre de Ulises, Laertes, cuidando su viñedo. Y en los *Relatos verídicos* de Luciano, en el interior de la ballena que se lo ha tragado el

narrador encuentra a un náufrago griego que en su islote ha plantado una viña.

Como se ha indicado, mezclar el vino con agua se veía como hábito civilizado, pues, mitigada así su fuerza, incitaba a la camaradería y la charla, mientras que tomarlo puro parecía una costumbre bárbara, que solía conducir a la embriaguez violenta y desenfrenada. Un ejemplo mítico era la pelea en Tesalia de los salvajes centauros, que, invitados a una fiesta de bodas, se lanzaron borrachos a raptar y violar a las mujeres, siendo luego vencidos por los lapitas y el heroico Teseo. También el cíclope Polifemo bebió puro y a grandes tragos el vino que le ofreció Ulises, y así cayó luego en un tremendo sopor que el héroe aprovechó para hincarle la estaca ardiente en su único ojo y cegar lo.

Además de suscitar alegrías, el vino también servía para mitigar pesares, como recuerda el coro de *Bacantes* que ya citamos. Resultaba efectivo frente a algunos dolores, pues no olvidemos que, a falta de medicinas más sofisticadas, podía inducir al sueño, y los médicos hipocráticos lo aconsejaban como analgésico y diurético, tónico y digestivo, siempre usado con moderación. Celebrado en las fiestas por su don, Dioniso no distinguía entre ricos y pobres, sino que a todos procuraba gozos y borraba penas.

## **El dios del vino y la fiesta colectiva**

Dioniso es un dios muy singular dentro del panteón griego. A primera vista, parece que ha llegado a la familia de los olímpicos algo más tarde que otros. Según la mitología, es el hijo de Zeus y de una mortal, Sémele, la princesa de Tebas, hija de Cadmo, y ha nacido de un parto doble muy extraño, pues

fue extraído del vientre materno en medio de las llamas y nació al fin del muslo de Zeus. Dioniso es esencialmente el dios del vino y de la euforia que este produce, con entusiasmo invita a la fiesta colectiva y orgiástica, y a danzas frenéticas en montes y bosques. Lleva el sobrenombre de Baco, al que sus fieles invocan, coronados con pámpanos de vid u hojas de hiedra, al grito de «¡Evohé!». Sus seguidoras, movidas por el entusiasmo, son las bacantes, también llamadas «ménades» ('enloquecidas'). Es asimismo el dios del teatro y de la máscara, que, en oposición a su hermano Apolo, claro y sereno, avanza como una divinidad bulliciosa acompañado de un cortejo festivo de sátiros y bacantes. Frente a la lira de Apolo la música báquica trae retumbos de tamboril y panderetas. Antes se creía que era un dios venido del Próximo Oriente o de la Tracia, es decir, del norte bárbaro, pero ahora sabemos que ya era venerado en la antigua Creta, pues su nombre aparece en las tablillas del silabario cretense. Lo que revela que Dioniso es un dios antiguo en el Mediterráneo, anterior a la llegada de los indoeuropeos, como lo fue el cultivo de la vid en esa zona. Un primitivo dios de la vegetación, relacionado con los cultos de la Tierra Madre. No es, por lo tanto, una divinidad extranjera, sino una alegre deidad que, frente a los dioses más políticos, gusta de mostrarse como el recién llegado, como el Extraño, que parece proceder de Asia, con su cortejo de ménades danzantes, tal como aparece en la famosa tragedia de Eurípides, *Bacantes*.

En Atenas se celebraba a Dioniso en las fiestas del vino, en las Antesterias, cuando, en febrero, se abrían las jarras del vino de la vendimia anterior, y en las Dionisias y las Leneas, en las que había festivales dramáticos. El teatro de Atenas estaba consagrado a Dioniso, y las representaciones de tragedias y comedias se enmarcaban en el ámbito cultural de esta divinidad. La

democracia propiciaba las fiestas populares y el elogio del dios que traía alegrías y quitaba penas por igual a ricos y a pobres. De ahí que fuera el tirano Pisístrato quien instituyó las representaciones teatrales en Atenas como una fiesta popular, costeada por la ciudad. En la escena se cuentan y reinterpretan los memorables mitos heroicos de trasfondo religioso para la educación de todos los ciudadanos.

### LA ADMIRACIÓN Y LA VERDAD

De los griegos antiguos nos atrae su característica inquietud, ese afán tan constante a lo largo de los siglos por ensayar nuevos caminos para entender el mundo, ese empeño de una indagación progresiva en la visión trágica o filosófica del destino humano y de los conflictos de la sociedad, su anhelo de profundizar en el descubrimiento de la realidad mediante la reflexión, es decir, mediante lo que llamaron el *logos*, que significa, a la vez, ‘palabra’ y ‘razón’. Tal vez lo propiciara el reducido marco de la *polis*, la ciudad, que es un centro de encuentros y diálogos, de críticas y de libre examen, un espacio de coloquios donde surgen los conceptos de *díke*, *nomos*, *eleuthería*, *paideia*, *sophía* y *philosophía*. (Es decir: ‘justicia’, ‘ley’, ‘libertad’, ‘educación’, ‘sabiduría’ y ‘amor al saber’, nociones fundamentales de la cultura griega).

Es fácil advertir el enorme contraste histórico entre esos inquietos griegos y los habitantes de los grandes imperios orientales o del Egipto antiguo, obedientes a las costumbres y tradiciones religiosas inmutables durante largos siglos. Fue tal vez en esas ciudades costeras de Asia Menor, donde se cruzaban gentes de muy varias culturas y en cuyas plazas y puertos se contaban historias muy diversas y se dialogaba con una nueva tole-

rancia y una renovada curiosidad, donde comenzó todo. Allí no existían tradiciones que con su peso abrumaran las preguntas críticas ni tampoco una religión cuya tradición mitológica sobre el mundo y el destino se impusiera con severidad. Las ciudades portuarias eran lugares abiertos a la charla y a la discusión; allí se mezclaban gentes de varios credos y procedencias, y sus relatos podían despertar una curiosidad ilimitada y un afán de saber más de los fundamentos del cosmos.

Me gustaría destacar que en la base de esa inquietud por conocer, precisar y representarse el mundo como un ‘orden’ (que es lo que significa la palabra *kosmos*) podemos señalar dos sentimientos: la admiración (*thaumázein*: ‘admirarse’) y la búsqueda de la verdad escondida detrás de las apariencias. Según Heródoto «contar hechos admirables, tanto de griegos como de bárbaros» es lo que lo impulsó a escribir su extensa *Historia*. También Platón y Aristóteles afirman que el fundamento inicial del filosofar es la actitud de «admirarse» (y preguntarse a fondo por lo admirado).

La palabra griega *alétheia* significa originariamente ‘desvelación’, es decir, negación o superación de la *léthe* (ese ‘olvido’ que recubre la realidad de las cosas). En la terminología de los filósofos, la *alétheia* suele oponerse a la *doxa* (‘opinión’). Si, de acuerdo con la afirmación del presocrático Heráclito, «La naturaleza gusta de esconderse» —*physis phileî kryptesthai*—, la *alétheia* se conquista en la búsqueda tenaz y ardua del *logos*. Ese anhelo de buscar la verdad y progresar en la investigación se expresa bien en una sentencia del presocrático Jenófanes: «No todo lo enseñaron los dioses a los humanos, pero ellos, buscando en el tiempo encuentran la verdad».

Los griegos comenzaron desde la época arcaica a tratar de encontrar un orden social que limitara los abusos del poder

de los más fuertes y estableciera un claro orden cívico que proporcionara derechos y libertades a la población en el marco de la polis. Sin duda, ese marco reducido de sus ciudades favoreció el desarrollo político que culmina en la democracia, cuyo más claro paradigma histórico lo ofrece la espléndida Atenas del siglo V a. C. (como analizamos en otro capítulo). En el conflictivo mundo de las ciudades griegas pensar acerca de la justicia (*díke*) y la ley (*nomos*) caracteriza la reflexión política, ya desde la poesía épica (en Hesíodo, sobre todo).

Es importante destacar la decisiva aparición de leyes escritas en varias ciudades ya en época arcaica. (Los textos quedaban grabados a veces incluso sobre los muros de la ciudad. Es un buen ejemplo la larga inscripción de las leyes de Gortyna, conservada en ese lugar de Creta). La existencia de leyes, ya hubieran sido acordadas por un grupo de magistrados o votadas en la asamblea democrática, era una garantía de la libertad, en oposición, por ejemplo, a la tiranía y el despotismo de un monarca como el que regía el vasto imperio de los persas. En las guerras médicas los griegos empeñaron sus vidas por defender su independencia y su libertad (*eleuthería*). Una libertad que era solo de los ciudadanos, pues recordemos que, junto a los *ciudadanos libres*, en las polis griegas había esclavos, y las mujeres y los niños no gozaban de tales derechos.

Compuestos a partir de la palabra *nomos*, hay dos términos griegos de gran relieve político: *autonomía* e *isonomía*. *Isonomía* ('igualdad ante la ley') es un sinónimo de *democracia*, mientras que en la época antigua *democratía* indica muchas veces un gobierno popular (*demos*), es decir, de los ciudadanos de clase baja, en oposición al gobierno de los ricos, una oligarquía o aristocracia.

## LA LENGUA GRIEGA. BREVE RECORRIDO HISTÓRICO

La lengua griega es la más antigua de las existentes en Europa. Pertenece a la familia lingüística indoeuropea (de la que derivan también el latín, el celta, el germánico, el eslavo, el hitita, el antiguo indio, etc.) y fue introducida en la península helénica por los invasores helenos hacia 2000 a. C. Los primeros textos escritos en griego son los conservados en las tablillas micénicas del silabario lineal B (descifrado hacia 1955). Desde entonces hasta nuestros días, es decir, desde el llamado «micénico» hasta el griego moderno, el que ahora se habla y escribe en Grecia, ha pervivido ese mismo idioma, mantenido más de treinta y muchos siglos y bien atestiguado en su notable evolución histórica. Sabemos muy poco de la lengua o lenguas de los pobladores de Grecia anteriores a la llegada de los helenos; de su lengua, la de los pelasgos, que quedó como substrato, sumergida bajo el griego, parecen provenir unas pocas palabras de raíz no indoeuropea, como *thálassa* ('mar'), *kypárisos* ('ciprés'), *labyrinthos* ('laberinto'), *chrysós* ('oro'), etc.

Desde el comienzo, la dispersión de los griegos repartidos por la montañosa península y las islas facilitó la creación de variantes dialectales del griego común, de modo que suelen distinguirse hasta cuatro grandes dialectos, que, a su vez, presentan variantes menores: son el grupo dialectal jónico-ático, el eolio, el arcado-chipriota y el dorio. Es interesante notar los lugares en que se usaba uno u otro, relacionados con la historia de sus primeros pobladores y sus relaciones culturales y comerciales más adelante.

El jónico-ático se usaba en el Ática, la isla vecina de Eubea, las Cícladas, y algunas ciudades de la costa de Asia Menor, como Esmirna, Halicarnaso, Mileto, Focea, y las colonias respectivas; también en gran parte de Sicilia.



El eolio tenía tres subdialectos: el tesalio, el lesbio y el beocio. Como apuntan sus nombres, el primero se usaba en Tesalia; el lesbio en la isla de Lesbos y la zona costera próxima; y el beocio en esa comarca, vecina septentrional del Ática.

El dorio, un dialecto introducido algo después de los otros (que forman el grupo llamado «aqueo») se hablaba sobre todo en gran parte del Peloponeso, en Esparta y en Corinto, así

como en algunas islas, principalmente en Creta y en Rodas, y en la Magna Grecia, es decir, el sur de Italia, y en Siracusa y parte de Sicilia. (Al dorio se parece el dialecto del griego del noroeste, de Etolia y Acarnania y noroeste del Peloponeso).

El arcado-chipriota, dialecto muy antiguo, se usaba en dos territorios muy separados, por razones históricas: la Arcadia en el Peloponeso y la isla de Chipre.

### **Dialectos literarios**

Es muy interesante notar que, en la literatura griega, se han usado dialectos diversos según los géneros literarios. En principio el empleo de uno u otro tiene que ver con el origen local de un género determinado; luego es una convención tradicional. Así, la épica está escrita en jónico, el dialecto de los aedos que, como Homero, venían de Esmirna o de Quíos; la lírica monódica o personal usa el eolio de Lesbos, la patria de Safo y de Alceo; la lírica coral prefiere el dorio, el dialecto de Alcmán de Esparta o de Píndaro de Tebas; la prosa comienza usando el jonio, en los presocráticos y en los historiadores y en los médicos (recordemos que Heráclito era de Éfeso, Heródoto de Halicarnaso, Hipócrates de Cos). Por su parte, el teatro, creación ateniense, emplea el ático, tanto en los diálogos como en las partes líricas del coro, en las tragedias como en las comedias. También están en ático la prosa filosófica, a partir de Platón, y la histórica, a partir de Jenofonte y Tucídides. Es decir, el dialecto de Atenas se impone en la época clásica, cuando la polis se ha convertido en la capital de la cultura griega. (Conviene advertir que los dialectos literarios no reproducían exactamente las hablas locales, sino que presentaban cierta libertad en sus formas y expresiones, y a veces introducían algunas palabras homéricas o vocablos arcaicos).

En época helenística, es decir, a partir de las conquistas de Alejandro, que no solo extienden el helenismo en un mundo de horizontes lejanos, sino que aportan una notable unidad a la civilización y cultura griegas, los dialectos desaparecen para dar paso a una lengua griega unificada y estándar: *he koiné diálek-tos*, es decir, 'la lengua común'. La *koiné* (cuya base esencial es el dialecto ático, muy poco simplificado) se extiende a todo el mundo helenístico desde fines del siglo IV a. C. Esa es la lengua que a lo largo de siglos evoluciona hacia el griego medieval y, luego, el griego moderno. La literatura en prosa de época helenística conoce un gran esplendor, con escritores como Plutarco, Luciano y los grandes retóricos de la llamada Segunda Sofística. De ese siglo II d. C., que es una época de brillante renacimiento de la cultura griega en Asia Menor, conservamos los extensos tratados médicos del famoso Galeno y, a la vez, en contraste, los breves y emotivos apuntes de su coetáneo el emperador Marco Aurelio.

No olvidemos que la *koiné* fue también la lengua del Nuevo Testamento y en ella quedaron traducidos todos los textos de la Biblia. Fue en la egipcia y cosmopolita Alejandría donde, ya desde el siglo III a. C., la extensa población de judíos entendía mejor el griego que el hebreo. El cristianismo adoptó el griego como lengua fundamental para la difusión de su doctrina. Más tarde, los llamados Padres de la Iglesia, en el siglo IV d. C. (san Basilio, san Gregorio, etc.), compusieron en griego sus extensos sermones. Fue la lengua de las homilías y de los concilios. Pero también la que usaron los últimos paganos, como los poetas de la *Antología Palatina*. Y en ella escribieron, en la misma época, el orador Libanio y su coetáneo el emperador Juliano, llamado «el Apóstata», autores prolíficos ambos.

Ese griego ya unificado fue la lengua oficial y común del Imperio romano de oriente, es decir, del mundo bizantino, has-

ta la conquista de Constantinopla por los turcos, a mediados del siglo xv. Bizancio mantuvo una brillante cultura y una extensa literatura religiosa y profana a lo largo de la Edad Media, desde himnos a textos filosóficos, novelas y crónicas históricas. Mas luego, tras la toma de Constantinopla, llega el eclipse definitivo y el griego deja de escribirse, aunque siguió siendo la lengua usada por la población griega sometida hasta la liberación de Grecia iniciado el siglo xix.

Al renacer la escritura del griego, a lo largo del siglo xix y parte del xx, se hizo evidente una tensión, una cierta falla o distancia lingüística entre sus dos variantes, con muy notables divergencias en su léxico y en su sintaxis, del idioma que ahora volvía a escribirse. De un lado estaba la lengua de los doctos, lengua más conservadora del griego clásico, la llamada *katharévousa*, la ‘pura’, y de otro la lengua popular, la *dimotikí*, ‘la del pueblo’, que había evolucionado hacia unas formas más alejadas del modelo antiguo. Esa contienda lingüística tuvo sus momentos de aguzado conflicto; pero se ha resuelto, como podía suponerse desde el inicio, con la victoria de las formas usuales en la lengua oral y popular, es decir, de la *dimotikí*.